

Montevideo 16 de octubre de 1966

Querido Tobío: Contesto a sus dos cartas del 16 de agosto y del 30 de septiembre que me han causado gratísima impresión. Ha conseguido usted con su aguda modalidad de sentir las cosas y el apropiado estilo al describirlas, darme de mi tierra que tan íntima y avaramente llevo conmigo, una de las más sencillas, reales y, por lo mismo, esplendorosas imágenes, que me haya sido posible aceptar. Se lo agradezco y me alegra que vuelva usted - y toda la familia! - prendados de esas montañas, ese mar y ese cielo que afinaron mi sensibilidad. Con ésta logré, en trueque, a María que convertida en Ariana, me hizo conocer su tierra, para la que no hallé suficientes palabras con que alabarla; pero la amo entrañablemente.

Si me dejase llevar ahora por mi estado de ánimo, esta carta que he tardado tanto en escribir, por la indolencia a que nos lleva el mal clima, las enfermedades que éste acarrea, y el trastornado panorama humano del contorno, se empañaría de un matiz elegíaco que no quiero darle.

Y ya que tampoco me es posible describir las peripecias de un viaje turístico, lo haré a través de las personas que usted conoce y que recientemente se han movido más que yo.

No sé si la señora Olden le habrá escrito últimamente. Por lo que ella me ha dicho, su visita a Alemania, Paris, Basilea y Venecia, fue como una nueva aunque tardía luna de miel que no llegó a gozar por completo, pues le faltó llegarse a Londres. Cuando se disponía a cruzar el Canal, se vio impedida por el cúmulo de pasajes que tenían prioridad a favor de la muchedumbre que iba a asistir al Campeonato de Fútbol. Nuestra amiga ha sentido también mucho no disponer de tiempo para detenerse en Madrid un par de días, saludar a usted, y posiblemente a alguno de mis familiares que no se hubiesen marchado aún de veraneo.

Aquí se encontró con la tarea diaria que desborda siempre para todos, de las ocho horas, y ya hace semanas que la veo ojerosa. Pierde demasiado rápidamente ese color de Primavera que le dio fama y que solo en raras ocasiones, después del reposo, la proveen de un faústico lustre.

Hace un mes se inauguró en la galería Moretti la exposición de obras de Yepes. Me llegué a verla una tarde al salir de la oficina y encontré al autor tan gris de la cabeza a los pies y tan impasible que parecía una estatua más. Sin embargo, se sonrió al verme, pero no apartaba los ojos de un cura con solideo rojo que en medio de un grupo de jovencuelas hablaba con voz baritonal de algo portentoso, en un italiano a la Zacconi en 'Morte civile'.

Dejé de oírle y me dediqué a apreciar el retrato de Susana Soca, el de Batlle y la erizada figura de un fraile en barro cocido - No somos nadie! - con sayas cenicientas, rostro descarnado y flequillo a la moda.

En creciente admiración por aquella mojada de hombre hallabame, cuando su plasmador me susurro al oído: 'Es un San Francisco hecho de encargo'.

'Qué imaginaria!' - exclamé en la confusión, pues quise decir: 'Me lo imaginaba!' Y enmendando el respalón, me disponía, - yo también - a lucirme para que me oyesen aquellas ninfas extasiadas, pero rar sobre el Gatto y Zurbarán, ensalzando al 'Poverello' a Santo Domingo de Guzmán - no el cubano - y si me sobraba aliento, propagando las excelencias del café con leche, bautizado en Italia como capuçino. Mas no tuve oportunidad. Se nos acercó el orondo sacerdote y con la untuosidad ecuménica de los vaticanistas, felicitó al inspirado es cultor, que no supo responder más que presentándonos: 'El Nuncio. El doctor Garrido'.

En su turbación había invertido el orden. O quizá me haya considerado el más importante de los dos, por mi edad, mi amistad y mi solidaridad en el campo contrario. Bendito sea!, el madrileño creador como el Paure Eterno, de maravillas de barro. Desde este taburete en que describo la escena, le envió mi laica bendición.

Y a todos ustedes mi invariable afecto con apretados abrazos.

*Tangola*